

Estas observaciones las hacemos después de haber examinado unas siete páginas.

En resumen, el libro analizado tiene algún mérito, pero será necesario “traducir” el texto a un español mejor. De lo contrario el maestro enseñará esos barbarismos a los alumnos.

*Cristián Rodríguez*

## **Discurso de Incorporación del Académico**

### **D. Cristián Rodríguez Estrada**

Estimados colegas:

Hace ya cerca de cuatro años, cuando residía aún fuera del país, alguien tuvo la ocurrencia de proponer mi nombre como miembro de esta docta Corporación, para ocupar la Silla I, que había quedado vacante. La designación, apoyada por mis amigos de la Academia Costarricense de la Lengua, era muy honrosa para una persona como yo, que nunca había recibido ninguna distinción parecida. Al comunicarme la noticia el Secretario, mi generoso amigo, don Juan Trejos Quirós, le expresé mi gratitud, pero le señalé la anomalía de que yo no había publicado ninguna obra ni realizado estudios filológicos que valieran la pena, y que por lo tanto no consideraba justificado el nombramiento, especialmente cuando había muchos otros compatriotas mucho más idóneos, que habían contribuido al enriquecimiento de la literatura y cultura del país. Insinué algunos nombres que satisfacían mejor los requisitos de un académico. Los amigos insistieron en el nombramiento, probablemente tomando en cuenta mi edad y la virtud negativa de que si bien no había honrado a mi patria, tampoco la había deshonrado y, sobre todo, por un espíritu de fraternidad que pareciera acrecentarse con la ausencia. Decidí por fin aceptar la honrosísima distinción, no sin ciertos resquemores de conciencia que todavía me causan desasosiego.

Comprendía que la camisa académica me venía muy holgada y en esas circunstancias lo único que cabía era hacer un esfuerzo tardío por reparar mis deficiencias y trabajar arduamente para no dejar a mis amigos en un mal predicamento.

Brindaba oportunidad para hacer mis armas la situación de nuestra lengua nacional, que encontré muy maltratada por el vulgo y aun por los que se precian de cultos. Es cierto que siempre ha habido en Costa Rica una *élite* que conoce bien el castellano, sabe usarlo con corrección, perspicuidad y elegancia; pero el balance resultaba muy desfavorable, porque al democratizarse la educación al grado que se ha logrado —y de ese hecho podemos sentirnos muy orgullosos— el nivel medio de la cultura, por lo que respecta al idioma, parece haber experimentado un notable descenso. La población del país, que durante muchos años se había mantenido casi estable, y con un crecimiento lento, disminuido por la alta proporción de la mortalidad infantil, se ve aumentada en el curso de pocos decenios hasta alcanzar los caracteres de lo que ahora se llama la “explosión de la población”. Nuestro país se ha preocupado siempre por la educación, que es gratuita y obligatoria desde hace mucho tiempo. Al extenderse la enseñanza gratuita a los planteles de educación media, se produjo necesariamente un desequilibrio entre el número y calidad de los profesores y la población escolar en rápido aumento. Hubo que improvisar el personal docente en todos los niveles de la enseñanza, sobre todo en el de la media e, incluso, también, en la instrucción universitaria. Se carecía de suficientes textos apropiados y al día en español. Algo parecido había ocurrido anteriormente respecto de algunas disciplinas y hubo de recurrirse a obras francesas, cuya adaptación al español, por ser una lengua hermana, resultaba menos difícil. Los problemas eran sobre todo de sintaxis —no tanto de vocabulario— y había profesores doctos que cuidaban de que el galicismo no se arraigara en nuestra lengua. Es más, algunos de los galicismos más temidos, se incorporaron definitivamente a nuestra lengua y fueron aceptados por ser necesarios y porque además no desentonaban en castellano o eran vocablos que se habían empleado en siglos pasados y habían dejado de usarse. Sencillamente se reincorporaron al idioma. En algunos casos, al adoptarse ciertas formas en nuestra lengua, tomaron diferentes matices de sentido, como ocurre con “ocuparse en” y “ocuparse de” (el régimen de esta última forma se consideraba galicado; la distinción es útil y de ella se aprovechan ahora los prosadores más atildados). El verbo “constatar” ya está sancionado por la Academia, y lo usa todo el mundo, porque no es exactamente sinónimo de comprobar. Un adjetivo como “ambicioso”, que en español tenía un sentido peyorativo, por influencia del francés, a través del inglés, de donde lo hemos tomado acaso, se emplea actualmente con una acepción “meliorativa”, y se habla de un “proyecto *ambicioso*” (*ambitious*, *ambitieux*, que algunos puristas repudian aun en

francés). En cuanto a *ambitious* inglés, ningún escritor de esta lengua tiene el menor empacho de usarlo.

La influencia de la cultura literaria francesa en nuestro país es ahora mucho menor que en mi generación y en la inmediatamente anterior. En la actual ha venido muy a menos, aunque se advierte cierta reacción en favor del francés y aun del italiano.

Es sobre todo la influencia del inglés la que más destrozos hace, al popularizarse más la lengua inglesa, sin que su cultivo vaya acompañado de un estudio serio de esa lengua y menos aún, de un estudio comparativo de los recursos de uno y otro idioma. Esa influencia ha dado por resultado la introducción de un sinnúmero de neologismos poco afortunados. Lo más grave es que esa influencia está afectando lo más íntimo de nuestro idioma, al contaminarse su misma sintaxis. ¿No vemos emplear por abogados, funcionarios, educadores y peritos y técnicos que ahora se llaman “expertos”, expresiones tan contrarias al genio del idioma como la de “está siendo estudiado” (*it is being studied*)? En inglés los sentidos de los verbos “ser” y “estar” se expresan con una misma palabra, de modo que no se incurre en contradicción si se ayunta a una forma del verbo ser (*to be*) otra perteneciente al mismo verbo. En español la incongruencia salta a la vista, o debiera saltar a la vista o al oído, si el oído de los hablantes de la Nueva Ola, que menosprecian nuestra lengua, no estuviera encallecido por la mucha lectura de escritos mal digerida y menos analizada del inglés, que nos ofrece ahora el dechado que debe imitar nuestra lengua. A la vez que leemos de preferencia escritos en inglés, de descuidada construcción y peor gramática, abandonamos la lectura de los más castizos escritores de nuestra lengua o, si leemos algo en castellano, es por lo general mal traducido de otras lenguas. Así vamos adoptando formas de construcción que no solo afean el idioma, sino que nos descastan más cada vez. Un ejemplo de este vicio está en la copia servil de modos de decir que son ajenos al genio del idioma, como el de reemplazar la preposición “para” por el adverbio “antes”, verbigracia: “Pasó mucho tiempo antes de que se comprendieran las ventajas de la nueva ley”. Esa idea está expresada en forma anglicada. Es una copia simiesca del modo de decir inglés: “A long time passed *before* the advantages of the new law were understood”. Los educadores que leen obras e informes técnicos ingleses sin un dominio del idioma han plagado nuestra lengua de atrocidades como ésta: “Con la situación económica como está, ha sido imposible construir el nuevo edificio de la biblioteca”. La construcción que comienza con la preposición “with” (con) es muy común en inglés, y acaso se inspiró en el

“mit” alemán. En español es desagradable, para no decir otra cosa. En este caso es mucho mejor comenzar la frase con un gerundio, forma tan rica de matices en español, pero difícil de usar con corrección y que con frecuencia empleamos mal por influencia del inglés y del francés.

En algunas publicaciones de la Universidad hemos visto el giro: “Esto dio por resultado una confusión”. El régimen de los verbos tiende a seguir el patrón inglés, y se dice sin sonrojo “consiste *de*”, en vez de “consiste *en*”. Los maestros de ceremonias y los artistas de la radio y la televisión parecen desconocer la forma del dativo español y nos regalan, muy ufanos de su crasa ignorancia del idioma, con bellezas como “voy a cantar *para ustedes*”, cuando lo correcto y más sencillo es decir “voy a cantarles” o “voy a cantaros”. En este caso no cabe duda de que siguen la sintaxis inglesa (I am going to sing *for you*). Un giro que produce un placer inefable a los locutores es el de anunciar un número de un programa en los siguientes términos: “*Presentando...*”, como dirían en inglés los anunciadores de las luchas de boxeo: “Presenting, on this corner, Kid Gavilán...”

El colmo de la imitación simiesca de expresiones populares del inglés que no tienen sentido en español, pero que lo adquieren con la repetición y por el contexto, es una que está muy en boga: “Hombre, dame un *quiebre*” (dame una oportunidad). No la comprendí al principio sino cuando me di cuenta de que era una traducción servil de “Give me a break”.

Hace tiempo que debiera haber presentado el discurso de incorporación, obligación que ha sido para mí muy difícil de cumplir, primero porque no puedo hacer ninguna contribución valiosa, como se espera de un novel académico, y luego porque la necesidad de adaptarme de nuevo a un medio del que estuve ausente durante más de cuarenta años me ha obligado a distraer la atención, aparte de que había que allegarse fondos para poder vivir, aun muy modestamente. Ello explica que la elección del tema que he escogido para este acto sea el de acudir al disco gastado de mis comentarios sobre la calamitosa situación de nuestra lengua ocasionada por la invasión de extranjerismos innecesarios. Ofrezco disculpas por el mal rato que les hago pasar.

En Nueva York, adonde se me remitieron los números del “Boletín” de la Academia Costarricense hasta el momento de mi regreso al país, examinaba cada entrega con avidez y pude ver que nuestra Academia había palpado bien el problema, que se abordó en diversas colaboraciones o reproducciones, como las de los artículos de don Pedro Salinas, y en las reseñas que preparó don Arturo Agüero de las reuniones de los congresos de las

Academias de la Lengua. Dice, por ejemplo, el Sr. Salinas, hablando de la introducción de giros y voces extranjeras: "Fenómeno es este naturalísimo. Por él todos los idiomas han ganado en amplitud, en color y en gracia. Pero no conviene a una lengua adoptar en este punto una postura pasiva, tragándose todo lo que le echen encima los ignorantes y los desaprensivos; la postura de una comunidad lingüística consciente, ante este caso, debe ser capitalmente selectiva. Esto es, inteligente; tomar lo necesario, rechazar lo superfluo. Mucho importa esto, porque si se distingue y, guiados por la inteligencia de la lengua y la sensibilidad para ella, aceptan las gentes de un país los neologismos útiles, los complementarios, los descuidos, la resultante será, como probarían tantos ejemplos históricos, una tonalidad mejor del idioma. Pero si se abandona esa corriente de la influencia extranjera al tuntún, al arbitrio de gentes que ni conocen ni quieren a su idioma y que, por pobreza, lo plagan de expresiones torpes e innecesarias, se ve la lengua en mucho riesgo de llenarse de cuerpos extraños que deformen sus rasgos naturales y estorben la soltura y gracia de sus movimientos". El criterio sano respecto de los extraneismos no puede haberse expresado mejor. A propósito, si la última frase del pasaje citado hubiera sido escrita por un profesor de partida o por un periodista descuidado, la expresión "y estorben la soltura y gracia de sus movimientos", habría dicho "e *interfieren con*" la soltura y gracia de los movimientos", nuevo giro calcado del inglés, *interfere with*".

Como manifesté en la introducción, el traje académico me hacía sentirme incómodo, por no crearme acreedor a él y he querido en la medida que la parquedad de mis capacidades y conocimientos me lo permite remediar en parte mi falta de ejecutorias, por lo cual escogí el campo del periodismo, en el que había trabajado en mi mocedad. Habiendo encontrado la contaminación de nuestra lengua por parte del inglés mucho más grave de lo que había podido colegir por los escasos números de la prensa costarricense que caían en mis manos cuando residía en los Estados Unidos, me he dedicado durante los últimos tres años a combatir sistemáticamente la angliparla. Tropecé con dos circunstancias que militaban contra la eficacia de mi campaña. En primer lugar, contra lo que yo suponía, era totalmente desconocido de las nuevas generaciones. No es que creyera que el público estaba obligado a conocerme. No tenía por qué conocerme y tampoco tenía yo méritos para que se me conociera. Pero resulta que cuando salí del país en 1922, San José era una ciudad de escasos 50.000 habitantes, de modo que cualquier periodista, aun del montón, como era mi caso, era más o menos conocido del público. Hoy la zona metropolitana cuenta con unos 300.000 habitantes, y entre

tanto más de una generación que cuando abandoné el país estaba formada por niños o no habían siquiera nacido, hoy han alcanzado plena madurez y tienen demasiadas preocupaciones propias para que pueda importarles la suerte de un individuo cuyo único título al renombre es haber nacido en el país. Por otra parte, el público está interesado actualmente en los problemas económicos e industriales, que deben tener primacía, sin mencionar la política, los deportes, la vida de las estrellas de Hollywood, etc., etc. Tardé, pues, mucho tiempo en conseguir que me leyeran arriba de unos pocos centenares de personas. A mi edad no tengo aspiraciones de gloria vana, pero no por eso dejo de comprender que para los efectos de la labor en que estoy empeñado es indispensable gozar de algún prestigio para que se preste atención al “mensaje” que se ofrece.

En segundo lugar los lectores supusieron que yo era un enemigo jurado de la lengua inglesa, que quería privar a nuestra lengua de los beneficios que podría derivar de la cultura norteamericana e inglesa, o que mi campaña obedecía a un sentimiento antiyanquista o anglóforo, y que por consiguiente exageraba las cosas con el furor de un fanático. Se me llamó retrógrado en los corrillos universitarios. Me fue preciso puntualizar sistemáticamente los casos en que a los parónimos comunes a las dos lenguas —la inglesa y la española— se les daba entre nosotros el sentido que tienen en inglés, que es a veces opuesto al del español. Así cité el adverbio “aparentemente”, que en español tiene el significado de lo que parece y no es, mientras que en inglés, por lo menos en el de los Estados Unidos, *apparently* quiere decir “desde luego”, “manifiestamente”, y que al usar *aparentemente* con un sentido contrario al del español se incurría en una contradicción. El verbo “ignorar”, que en español significa únicamente “no saber”, se está empleando en Costa Rica con la acepción inglesa de “preterir”, “hacer caso omiso”, “desentenderse de.” El adverbio “sustancialmente”, que en español vale “fundamentalmente” se usa aquí con uno de los sentidos ingleses, el de “considerablemente”, a tal punto que con frecuencia no puede determinarse el valor que le damos aquí a esa palabra. La introducción del verbo “reportar”, que usa todo el mundo, desde las personas cultas hasta los vendedores de periódicos y los choferes, es inglés puro, y es mejor, naturalmente, decir “informar” o “dar cuenta de.” Pero el cambio más notable de sentido producido por la indigestión del inglés es el empleo de “efectivo”, con el valor del adjetivo inglés “effective”, es decir, de “eficaz”, en vez del sentido de “real”, que siempre ha tenido en castellano. “Efectividad” es una vieja palabra española, pero es un anglicismo semántico cuando se emplea en vez de eficacia.

No quiero cansar a mis pacientes colegas multiplicando los ejemplos, pues creo que están convencidos de que mis censuras están bien fundadas.

Ahora bien, me parece que el problema es tan grave que debemos tratar de corregirlo, si no queremos llegar a la condición de algunos países del Caribe donde el uso del "inglés en español" amenaza con desterrar el español como medio de comunicación intercontinental. Dichosamente, la Academia Costarricense de la Lengua, que comprende la gravedad del problema, ha formulado planes concretos para conjurar el peligro mediante proyectos prácticos que se elevarán al conocimiento de la Asamblea Legislativa. La experiencia ha demostrado que la acción individual, por más empeñosa y constante que sea, es poco menos que inútil.

Quiero terminar haciendo una excitativa a mis colegas para que demos una forma viable a todos los buenos propósitos que se han expresado en el seno de esta Academia.

## **Palabras de nuestro Director D. Hernán G. Peralta**

Don Hernán G. Peralta, Director de nuestra Academia, pronunció un breve discurso con motivo del anterior, con el cual se incorporó nuestro distinguido colega D. Cristián Rodríguez Estrada.

El señor Peralta, con espontaneidad y nítida sencillez, manifestó su complacencia, en su nombre y en el de los académicos, por la incorporación del académico electo, y elogió, no solamente los conceptos de su discurso, sino también su constante y afanosa labor periodística en pro del casticismo e integridad de nuestra lengua, hoy día tan amenazada por el inglés. El señor Rodríguez, desde las columnas de "La Nación", ha combatido sin tregua la inopinada o procurada incorporación de anglicismos en nuestro idioma, desde hace varios años. A pesar de haber vivido en los Estados Unidos de Norteamérica durante más de dos décadas, el recipiendario no mezcló su lengua, precisamente porque muy bien conoce las dos y sabe cuánto valen para que el castellano sea castellano y el inglés sea inglés.

Mucho antes de ser académico, D. Cristián enviaba artículos a la prensa de Costa Rica, desde Nueva York, con el fin de combatir los anglicismos que se iban metiendo en nuestra lengua,